



PALABRAS CLAVE: DIARISMO – SIGLO XIX – LITERATURA ARGENTINA – ENTREVISTA
KEYWORDS: JOURNALISM – XIX CENTURY – ARGENTINE LITERATURE – INTERVIEW

Curiosidad de lectores

Ocho preguntas en torno a una investigación sobre periódicos

Amparo Santos / Martín Pérez Calarco¹

En el marco de las presentaciones del libro *Una historia de los diarios de Buenos Aires en el siglo XIX* (EDUVIM, 2025), entrevistamos para *Reseñas Celehis* a Hernán Pas y Sergio Pastormerlo, autores del volumen. El encuentro inicial tuvo lugar en Mar del Plata, el 15 de mayo, durante las *IX Jornadas Críticas. Hacer en comunidad: prensa y publicaciones periódicas*.

¹ Amparo Santos es Estudiante avanzada del Profesorado en Letras en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Adscripta en la materia Taller de oralidad y escritura I del Departamento de Letras. Contacto: amparoanaelsantos@gmail.com; Martín Pérez Calarco, Profesor y Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata, donde es docente e investigador en el área de Literatura y cultura argentinas. Becario Doctoral (2010-2015) y Postdoctoral (2015-2018) de Conicet. Autor de *De Borges al rock. La Argentina contemporánea a través de Facundo y Martín Fierro*. Director de *Reseñas Celehis* desde 2020.

¿Por qué era necesario escribir una historia de los diarios publicados en Buenos Aires durante el siglo XIX?

SP. Para quienes trabajamos sobre literatura argentina del siglo XIX era evidente que en la bibliografía faltaba algo demasiado necesario. Basta pensar en nuestros tres clásicos mayores, Sarmiento, Mansilla y Hernández. No podemos entenderlos sin entender el diarismo. Se podría invertir la cuestión: ¿por qué durante tanto tiempo, una buena parte del siglo XX, desde la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas en adelante, estudiamos nuestra literatura del XIX casi exclusivamente en los libros? Creo que el cambio comenzó en la década de 1980. En 1988, por ejemplo, una profesora estadounidense, Elizabeth Garrels, publicó un artículo que todos leímos, “El *Facundo* como folletín”. Sabíamos que el *Facundo* había sido un folletín, pero el título tenía igualmente algo de revelación. Ese año se publicó el extraordinario libro de Adolfo Prieto sobre el criollismo popular y la democratización de la cultura letrada. Julio Ramos estaba escribiendo sobre la crónica y el diario *La Nación*. Y, yendo hacia atrás, Halperin Donghi había publicado su gran libro sobre José Hernández en 1985. Pero ya en 1980 un historiador australiano, Tim Duncan, nos había dejado un artículo sobre la prensa política y el diario *Sud-América*. Ese artículo no solo se adelantó a todo lo que sucedió durante esa década sino que posiblemente resultó aun más influyente. En fin, evidentemente algo estaba pasando. Y fuimos entendiendo que tarde o temprano íbamos a tener que explorar ese océano que efectivamente es el mundo de los diarios. Mirados desde la literatura, los diarios son tan importantes para el siglo XIX como las revistas para el XX. El problema del diarismo está en sus dimensiones.

HP. Me gustaría añadir que, en el campo de la historiografía, en general, predomina una visión tradicional sobre el asunto: la idea de que los periódicos decimonónicos son algo así como la prehistoria de la prensa moderna. La consecuencia inevitable de ello es que la vida de los diarios se explica o se describe aliada a la vida de los sucesos políticos. Pero sabemos que ante los principales textos de la literatura argentina, sino ante todos, esa lectura resulta reduccionista. Por otro lado, en los últimos veinte años el llamado giro material vino a legitimar modos de lectura que ya intuíamos como imprescindibles. Me refiero a una historia de la literatura en la que los periódicos, dada su incidencia fundamental, debían en varios sentidos cobrar mayor relevancia. En nuestro campo, como dijo Sergio, libros como los de Adolfo Prieto (*El discurso criollista en la formación de la argentina moderna*) o Julio Ramos (*Desencuentros de la modernidad en América Latina*) fueron determinantes. Los aportes de la historia del libro (o de la edición), junto con los

avances de los *Media Studies*, contribuyeron sin duda a renovar nuestra preocupación sobre un viejo tema (mal) conocido.

Al leer el libro, pareciera que uno de los problemas fundamentales al trabajar con periódicos es la necesidad de pensar a la vez tanto la dimensión estrictamente concreta y material de la prensa periódica como los aspectos de orden más bien conceptual. ¿Qué pueden decir sobre eso?

HP. Lo conceptual y lo material son dos aspectos centrales del modo de lectura que mencionaba antes. Cuando todo esto empezó, es decir cuando nos pusimos a trabajar con los archivos sabíamos que el tamaño, las secciones o columnas de los diarios importaban tanto como su contenido.

SP. La digitalización ha producido seguramente un fetichismo de la materialidad, pero al estudiar los diarios el contacto físico es importante. No voy a olvidar, por ejemplo, la primera vez que consulté la colección de *La República*. La calidad del papel y de la impresión era simplemente increíble. Un siglo y medio después el papel se seguía viendo blanco, y al tacto se seguía sintiendo el algodón. *La República* fue el diario que en 1867 vino a reducir el precio a la mitad y a reemplazar la suscripción por la venta de números sueltos. Pero era también ese papel suave y blando, y la nitidez excepcional de la tipografía. No en vano era el diario de ese singular impresor que fue Bernheim, dueño de la mejor imprenta y de la única fundición de tipos que había en el país.

En un sentido general, podemos decir que el archivo de la prensa decimonónica es hoy un objeto frágil, producido, en su momento, en un soporte para ser consumido y descartado. ¿Cómo se construye un *corpus* a partir de esa materialidad? ¿Qué colecciones resultaron inaccesibles o demasiado fragmentadas? ¿Cuánto de ese archivo originalmente impreso persiste hoy de manera digital?

HP. Hay varias cuestiones en esta pregunta. El repertorio de periódicos con el que trabajamos se construyó con una idea de *mainstream* que, para decirlo rápido, supone un recorte deliberado. Había diarios centrales y diarios satelitales o marginales. Por suerte, todavía pudimos acceder a los diarios en papel, al menos en su mayor parte. En algún caso, los faltantes fueron repuestos apelando a otros repositorios o hemerotecas. Pero en general tuvimos a nuestra disposición el fondo hemerográfico de la Biblioteca de la Universidad de La Plata.

SP. Trabajamos primero en La Plata, en las hemerotecas de la Legislatura y de la Biblioteca Rocha. Y como son muy buenas y tienen mucho material solo nos quedaron algunas lagunas que cubrimos después en Buenos Aires. En La Plata tuvimos un acceso prácticamente irrestricto a todas las colecciones, incluso a materiales muy deteriorados. En Buenos Aires era mucho menos fácil: si un diario estaba microfilmado difícilmente lo prestaban en papel. Sin duda tuvimos la suerte de hacer esta primera parte del trabajo en años inmediatamente anteriores a políticas de conservación más rigurosas. Lo que pasaba en Buenos Aires pasó poco después en La Plata. Cuando empezamos, en 2013 y 2014, sabíamos que necesitábamos contar con un gran archivo propio de fotografías. Ir a una hemeroteca a leer diarios es una pérdida de tiempo. El trabajo consiste en sacar muchas fotos, con cierto método, en unas pocas horas. Después viene el trabajo de etiquetar y ordenar las fotografías, y finalmente el trabajo de estudiar ese material. Y como este último trabajo es más bien interminable, solo podés hacerlo en tu casa, en tu escritorio. En mi caso las colecciones menos accesibles fueron, contra lo que hubiera creído, *La Prensa* y *La Nación*, especialmente durante la década de 1880. Tuve que resignarme más de una vez al microfilm.

¿El encuentro con esa materialidad fue un punto de partida o el esqueleto mismo de la investigación? ¿Algún material del archivo interrumpió una hipótesis ya consolidada y obligó a empezar de nuevo?

HP. Trabajar con diarios es sumergirse en un universo interminable. Cuando estás frente a un tomo de un semestre o trimestre del diario que sea, sabés que allí te espera un mundo inabarcable. Como decía, lo material tuvo su impacto desde el principio: no había modo de pasarlo por alto (eso también era conceptual, claro). Por otro lado, las hipótesis se fueron diseñando a medida que nuestra lectura del corpus iba avanzando. Había algunas hipótesis previas, claro, pero, al menos en mi caso, pudieron ser repensadas a partir de lo que los propios diarios mostraban. Un ejemplo es la importancia que cobró el *Diario de la Tarde* en mi período, algo que puede verse en el resultado del libro y que no estaba entre las hipótesis iniciales del trabajo.

SP. Yo había trabajado con libros y revistas. Mi única experiencia con periódicos de noticias había sido con los diarios de Bahía Blanca entre 1887 y 1892. Un caso de periodismo de provincia, digamos, bastante acotado. De modo que esto era algo nuevo, y la diferencia consiste en que la noción misma de exhaustividad, en la que podemos confiar cuando abordamos un corpus de cien novelas o cien almanaques,

simplemente deja de estar presente. Son otras reglas de juego. Hay que empezar de nuevo demasiadas veces.

Entendidos como un campo de combate de la cultura letrada rioplatense, los diarios del siglo XIX se utilizaban para atacar, injuriar, responder, debatir y refutarse. ¿Qué pueden decir, a partir de esta investigación, del correlato entre esa violencia retórica y la violencia política del período?

HP. Los diarios fueron cajas de resonancia social. Sus invectivas, estilos e intervenciones no sólo respondían a la política en términos estrechos, también lo hacían respecto de lo demográfico, del desarrollo urbanístico, cultural, etc. Los periódicos de Castañeda, por ejemplo, o las gacetas de Pérez, refieren a momentos específicos, momentos en los cuales los límites entre la palabra pública y la autoría eran prácticamente inexistentes. Por otra parte, no habría que subestimar esa verdad simple respecto del impacto de los medios en la construcción de los hechos. José Mármol se quejaba en su diario *El Paraná* de que sus oponentes retóricos habían querido asesinarlo, incluso habían instigado un amedrentamiento en su domicilio. La cosa había pasado al terreno de lo empírico y lo había hecho de un modo amenazante.

SP. Recordemos aquella tremenda frase de Sarmiento a Alberdi: “Háblole de prensa y de guerra porque las palabras que se lanzan en la primera se hacen redondas al cruzar la atmósfera y las reciben en los campos de batalla otros que los que las dijeron”. Diría que la máxima violencia política está en la década de 1850, que es la década que compartimos con Hernán. Su período terminaba más bien con Caseros y el mío empezaba en 1860, así que los dos necesitábamos conocer bien, por diferentes razones, esa década intermedia. Por supuesto la violencia tiene formas diversas y va cambiando, pero la violencia de Sarmiento en su polémica con Alberdi es tan desaforada que resulta incluso graciosa. Y de hecho impide que esa célebre polémica sea una verdadera polémica. Lo atribuiría menos a Sarmiento que a ese momento histórico. La historia de *La Reforma Pacífica*, tan duramente perseguida y censurada, es bastante clara al respecto.

Los periódicos han sido, con frecuencia, el primer modo de circulación de obras literarias diversas. El *Facundo* aparece, por entregas, en *El Progreso*; la *gauchesca* circula en diarios y gacetas; buena parte de la literatura del ochenta se escribe para ser leída como folletín. ¿En qué medida el diario es no solamente el soporte de esa literatura sino su condición de posibilidad? ¿Qué

cambia en la lectura de esos textos cuando los pensamos desde la materialidad del diario que los publicó?

HP. Esta cuestión es fundamental. El ejemplo del *Facundo*, creo, es elocuente. Durante muchísimos años su edición en folletín fue desatendida. Como recordaba Sergio, fue Elizabeth Garrels quien leyó por primera vez detenidamente sus efectos. Antes que ella, Noël Salomon insistió con la idea de que esa era la versión *princeps*. En esa versión, la biografía del caudillo concluye en Barranca-Yaco. Un sinnúmero de cuestiones se abre a partir de ese único hecho. Por lo demás, Flaubert publicó nada menos que *Madame Bovary* en entregas en *La Revue de Paris*. Los diarios y periódicos fueron el soporte principal de la literatura en muchos sentidos. No habría que menospreciar la postulación de *La civilisation du journal* de que la idea misma de literatura fue modelada en y por los periódicos.

SP. Estoy muy de acuerdo con los presupuestos de la primera pregunta. Me inclino a creer que la literatura del siglo XIX fue posible porque fue parte de la gran revolución de los periódicos. La literatura moderna, esa invención del romanticismo en la segunda mitad del siglo XVIII, no hubiera podido desplegarse durante el XIX sin esa democratización de la cultura de la letra impulsada por los periódicos en general, pero principalmente por el diarismo. Pensar la literatura como una parte de los periódicos supone invertir los valores que se cristalizaron entre las últimas décadas del XIX y las primeras del XX. En el caso de la literatura argentina, entre Payró y Arlt. Por entonces un periodista pudo ser, casi por definición, un mal escritor. ¿Y qué es lo que cambia cuando leemos la literatura en los diarios? Es difícil responder brevemente, pero diría que todos los cambios que se producen al reponer el contexto más próximo y específico. De todos modos, tampoco hay que olvidar que era común publicar en el diario sabiendo que poco después lo publicado en el diario pasaría al libro.

En la bibliografía crítica sobre textos impresos entre el período virreinal y, por lo menos, mediados del siglo XIX, son frecuentes las referencias a un objeto particular, de suma relevancia en nuestra cultura escrita. Nos referimos a la llamada Imprenta de los Niños Expósitos que, en el libro, es también mencionada de manera frecuente y significativa ¿Cuánto le debemos a la extensa historia de ese dispositivo?

HP. La historia de la Imprenta de los Niños Expósitos cuenta de modo inmejorable el transcurso de los primeros veinte años de publicaciones periódicas, desde la aparición del *Telégrafo Mercantil* en 1801 hasta su traslado a Salta en 1824. En el

libro retomo muy brevemente ese itinerario, que culmina con la utilización de los tipos refundidos como municiones para resistir las embestidas de Felipe Varela en 1867. Hay trabajos indispensables y clásicos sobre el tema, como los de Carlos Heras y el padre Guillermo Furlong, entre otros. Sin duda es un hito en la historia de la prensa en la región.

El libro reconoce que es una historia de los grandes diarios porteños y que ese recorte deja afuera otras historias. ¿Cuáles de esas historias excluidas les parecen las más productivas o las que merecerían una investigación propia?

HP. Se me ocurre que, además de los diarios de las colectividades y de los impresos satíricos (de los que se ocupó largamente Claudia Roman), una historia de los periódicos ilustrados, entre las publicaciones de Hipólito César Bacle y las de José María Cantilo, o entre Enrique Stein y la creación de *Caras y Caretas* por Eustaquio Pellicer, puede enriquecer mucho el campo. No olvidaría, además, la historia de los almanaques, ese extraño objeto con el que nos cruzábamos frecuentemente mientras trabajábamos con los diarios (los almanaques de Blondel, por ejemplo, en la primera época rosista), y con el que frecuentemente teníamos la intención de hacer algo. Finalmente, Sergio escribió un ensayo cuyo título, “Para una historia de los almanaques”, era ya una declaración acerca de la escasez de estudios sobre el tema.

SP. Al margen del diarismo, que ocupa un lugar central y que efectivamente estuvo muy centralizado en la ciudad de Buenos Aires, hay muchas historias de muchos tipos diferentes de impresos periódicos. Para mí leer la tesis de Claudia Roman fue una revelación. Me permitió entender de otro modo el diarismo (porque en cierto modo *El Mosquito* o *Don Quijote* forman parte del diarismo) y sin eso quizá no hubiera pensado en este proyecto. Otro gran objeto es el que conocemos, por el título de Néstor Auza, como el *Periodismo de la Confederación*. Otro, la tradición de las grandes revistas culturales de la segunda mitad del XIX, que ocupan el espacio más alto de la alta cultura letrada. Por otro lado, hay otros posibles recortes. La circulación de *El gaucho Martín Fierro* durante la década de 1870, por ejemplo, deja ver una zona que abarca no solo la ciudad de Buenos Aires y la campaña, sino que se extiende por Rosario, Paraná y Montevideo. De hecho, son las bases de José Hernández, donde están sus amigos, sus alianzas y sus refugios. El lento y tardío surgimiento de un mercado literario no sucedió en Buenos Aires ni en Argentina, sino más bien en esa zona.

Para un comentario sobre el libro, los invitamos a leer la [reseña *La letra en movimiento: materialidad, mercado y combate en Una historia de los diarios del siglo XIX en Buenos Aires*](#), en este mismo número.